

# El Lobo de Gubbio

*Alejandro Montiel Argüello*

Para mí, “LOS MOTIVOS DEL LOBO” es una de las más bellas poesías de Rubén Darío, tanto por sus bien hilvanados versos, como por el profundo contenido humano del tema abordado. Por ello era natural que me interesara conocer hasta dónde llegaba de cierto el relato dariano, y encaminé mis pasos a la ciudad de Gubbio, con una fija interrogativa en la mente: existió el lobo de Gubbio?

Gubbio es una pequeña ciudad de la Provincia de Perugia, Región de la Umbria; está considerada como la máxima expresión de la arquitectura del medioevo en la Italia central, y es sin duda, junto con San Gimignano en la Toscana, la que tiene la totalidad de sus edificios, plazas, calles y monumentos, mejor conservados, sin que exista dentro del límite urbano, una edificación moderna que desentone con el clásico estilo de la época. Por su relativa vecindad con Assisi, fue uno de los primeros lugares donde San Francisco desarrolló su misión evangélica.

San Francisco, antes de su conversión, viajó a Gubbio en varias oportunidades para vender las telas del negocio de comercio que en Assisi tenía establecido su padre. Por esa razón logró relacionarse con las familias de Gubbio, en especial con los Spadalonga, quienes lo acogieron cuando en el invierno de 1206 abandonó Assisi, después de renunciar a los bienes terrenales, inclusive a su propio vestido.

Fue en la vecindad de Gubbio donde el futuro Santo sirvió por primera vez a sus hermanos desválidos; vestido con su peculiar

rústica túnica, semejante a la que usan algunos campesinos de la Umbria, y que todavía sirve de modelo de hábito a los de su Orden, San Francisco entró a servir en el Hospital de Leprosos; esa fue su primera dura prueba; el mismo lo dice con satisfacción en su Testamento: “Mientras permanecí en el pecado me repugnaban los leprosos, pero la misericordia del Señor me condujo a vivir con ellos”. Recordemos que en aquella época la lepra era una enfermedad ampliamente difundida en Europa, donde habían 19 mil centros para acoger a los atacados del terrible mal de San Lázaro, el mismo Santo que dio su nombre a la Caballeresca Orden de San Lázaro.

Todo lo relatado anteriormente nos pone de manifiesto lo vinculado que estaba San Francisco con la ciudad de Gubbio, y el especial afecto que dispensaba a sus habitantes.

Volviendo a la historia del Lobo de Gubbio, diré que dudé de su veracidad, cuando leyendo a San Buenaventura, el más autorizado biógrafo del Santo de Assisi, me encontré que no hace mención de ella; así mismo, Celano, reconocido escritor sobre temas de Gubbio y San Francisco, ignora el milagro, y sólo nos cuenta en sus escritos, que en aquel entonces “Gubbio Se veía amenazada de pandillas de lobos feroces”. Sin embargo, hay otros escritos, pinturas, reliquias arqueológicas y sobre todo la tradición del pueblo entero de Gubbio, que demuestran sin lugar a dudas la veracidad del milagro del Santo de Assisi. Cuando se recorre la ciudad se puede ver que

una Trattoria (pequeño restaurante), se llama “El Lobo de Gubbio”; una venta de cerámica de la plaza de San Francisco, lleva igual nombre; otros pequeños negocios lo ostentan igualmente.

En el Palacio de Los Consules, en el frente de su salón principal, un gran fresco representa la escena del pacto de paz entre el Lobo y el pueblo de Gubbio en presencia de San Francisco. La Iglesia que lleva el nombre del Santo, tiene el agregado “della Pace”, (de la Paz), en recuerdo de dicho pacto. Su Custodia tiene grabada la imagen de San Francisco conduciendo un lobo amarrado de una cuerda.

El descubrimiento de la tumba del Lobo es otra realidad. El año 1872, unos albañiles que realizaban trabajos en el palacio de la familia Biscaccianti de la Fonte, encontraron en una fosa recubierta con una piedra artísticamente labrada, el esqueleto de un animal, el cual, reconocido por el veterinario Doctor Spinaci, dictaminó que anatómicamente resultaba ser el cráneo de un lobo, con sus grandes colmillos intactos. Si no fuera el Lobo del milagro de San Francisco, no lo hubieran enterrado en el muro de un palacio tan central del barrio de San Andrés, vecino a la Iglesia de San Francisco de la Paz.

Todo lo anterior es una demostración incontrastable de la autenticidad del milagro, pero si ello fuere poco, existe el unánime sentimiento de todo el pueblo de Gubbio, que recuerda a San Francisco con especial devoción, por haber librado a sus antepasados de la ferocidad del Lobo que Darío inmortalizó en

la poesía.

Para mayor abundamiento de pruebas, me permitiré transcribir lo que el Padre Bughetti, o. f. m., escribe en sus “Floresillas de San Francisco”, sobre el milagroso episodio:

“En aquel tiempo en que San Francisco vivió en la ciudad de Agobbio, (hoy Gubbio), del Condado de Agobbio, apareció un lobo grandísimo, terrible y feroz, que no solamente devoraba a los animales, sino también a los hombres, al extremo que todos sus habitantes le tenían gran temor, porque con frecuencia se acercaba a la propia ciudad, todos andaban armados cuando salían a trabajar la tierra, como si fueran a librar un combate; a pesar de todo, ninguno se podía defender cuando se encontraba sólo frente a él. Era tanto el miedo, que nadie se atrevía a salir al campo.

En vista de esa situación, San Francisco tuvo compasión de los habitantes de Gubbio, y resolvió salir a buscar al lobo, a pesar de que todos se lo desaconsejaban. Un buen día, haciéndose la señal de la Santa Cruz, se fue al campo con sus compañeros, poniendo su confianza en Dios. Temiendo el Santo que sus compañeros no lo quisieran seguir por la ruta que conducía al lugar donde habitualmente residía el lobo, tomó un camino contrario. Más he aquí que viendo a la mucha gente que había venido a presenciar el milagro, el lobo se lanzó al encuentro de San Francisco con las fauces abiertas; San Francisco se adelantó hacia él, y haciéndole la señal de la Cruz, lo llamó y le dijo así:

“VENAQUI HERMOSO LOBO; yo te ordeno en nombre de

## El Lobo de...

Página 2

Cristo que no me hagas mal a mí ni a ninguna persona”. Admirable decirlo. Inmediatamente que San Francisco le hizo la señal de la Cruz, el terrible lobo cerró la boca y se detuvo; después de lo ordenado, se dirigió mansamente como un cordero, y se echó a los pies del Santo donde se quedó tendido.

Entonces el Santo le habló así: “HERMANO LOBO, tu haces mucho daño en estos lados y has hecho muchísimos males, maltratando y matando criaturas de Dios sin su licencia, y no solamente has matado animales, sino que te has atrevido a matar y dañar a los hombres, que han sido hechos a semejanza de Dios; por ello tú eres digno de la horca como ladrón y maligno homicida; toda la gente grita y murmura de tí, y toda esta tierra es tu enemiga. Más yo quiero HERMANO LOBO hacer la paz entre tí y esos hombres, de manera que tú no los ofendas más, y ellos te perdonarán todas tus ofensas pasadas, y ni los hombres ni los perros te perseguirán más”.

Dichas estas palabras, el lobo, con movimientos de cuerpo, cola y orejas, e inclinación de la cabeza, demostró que aceptaba y cumpliría lo que San Francisco le había pedido. Entonces San Francisco le dijo, “HERMANO LOBO, después que he visto que te agrada hacer y mantener la paz, yo te prometo que haré que los hombres de esta tierra te mantengan mientras vivas, y que no sentirás nunca el hambre, porque yo sé que por el hambre has hecho todos los daños. Más después que yo te he concedido esta gracia, yo quiero, HERMANO LOBO, que tú me prometas que no dañarás a ningún hombre ni a ningún animal: ¿ME PROMETES ESTO? El lobo, al inclinar la cabeza, hizo una evidente señal que

lo prometía. San Francisco le dijo entonces: “HERMANO LOBO, yo quiero que tú me des fe de esta promesa, a fin de que yo pueda confiar en ella”. Y extendiendo San Francisco la mano para recibirle la promesa, el lobo levantó la pata delantera derecha y docilmente la posó sobre la mano de San Francisco, dándosela en señal de fe de lo que le había pedido.

Entonces le dijo San Francisco: “HERMANO LOBO, yo te ordeno en nombre de Jesucristo que te vengas conmigo sin dudar de nadie, y vayamos a firmar esta paz en nombre de Dios”. El lobo obediente se fue con él como un manso cordero, y el pueblo viendo esto, se maravilló enormemente. Inmediatamente la noticia se supo en toda la ciudad, y toda la gente, grandes y pequeños, hombres y mujeres, jóvenes y viejos, se encaminaron a la plaza para ver al lobo con San Francisco.

Estando reunido todo el pueblo, se levantó San Francisco para predicarles, y entre otras cosas les dijo, cómo por los pecados Dios permite tales males; que son más terribles las llamas del infierno porque causan un daño eterno, que la rabia del lobo que sólo puede matar el cuerpo. Cuanto más es de temer la boca del infierno, cuando las multitudes tienen temor a la boca de un pequeño animal. Tornad a Dios carísimos Hermanos, y haced penitencia por vuestros pecados, y Dios os libraré del lobo en el presente, y en el futuro del juego del infierno.

Después de la prédica les dijo San Francisco: “Oíd hermanos míos: el hermano lobo que está aquí delante de nosotros, me ha prometido, y hecho fe, de hacer la paz con vosotros y de no dañaros más en cosa alguna si le prometéis darle las especies que necesite, y yo os garantizo que él cumplirá fielmente este pacto de paz”. Entonces todo el pueblo prometió

mantenerlo mientras durase su vida.

San Francisco delante de todos le dijo al lobo: “Y tú HERMANO LOBO, prometes observar a todos el pacto de paz, por el cual tu no ofenderás a los hombres ni a los animales, ni a ninguna criatura?”. El lobo, hincándose, inclinó la cabeza, y con signos de mansedumbre del cuerpo, de la cola y de las orejas, demostró en la mejor forma posible, la voluntad de cumplir lo pactado. Le dijo San Francisco: “HERMANO LOBO, yo quiero que así como tú me distes promesa en el campo, así quiero que delante de todo el pueblo me des fe de tu promesa, y que no traicionarás la confianza que he puesto en tí”. Entonces el lobo, levantando la pata derecha, la puso en la mano de San Francisco. Así, después de aquel acto, y de los otros dichos atrás, que causaron la admiración y alegría de todo el pueblo, tanto por la devoción al Santo, como por la novedad del milagro y la paz con el lobo, todos comenzaron a clamar al cielo, laudando y bendiciendo a Dios por haberles enviado a San Francisco, quien por sus méritos los había librado de la boca cruel de la bestia.

Después el lobo vivió DOS AÑOS en Aggobio, y entraba y salía domésticamente por las casas, sin hacer daño a las personas, y sin que nadie se lo hiciera a él; fue alimentado en forma solicita por la gente, y andaba por el campo y por el pueblo sin que ningún perro le ladrara. Finalmente, después de DOS AÑOS, el HERMANO LOBO se moría de viejo, de lo cual se dolieron los del pueblo, porque cuando lo veían andar por las calles, les traía a la memoria la santidad de San Francisco.

Hasta donde he investigado, el anterior relato del Padre Bugetti, se ajusta a la verdad de lo acontecido en Gubbio con el famoso Lobo, inclusive en lo relativo a su

muerte en el Convento, por causa de su avanzada edad. Sin embargo, Darío en su poesía cambia el final de los hechos; nos cuenta que el lobo se regresó a la montaña para volver a asolar a los habitantes de Gubbio, por lo cual San Francisco lo salió a buscar en su madriguera para reclamarle la falta de cumplimiento de lo pactado. ¿Qué motivos tuvo Rubén para variar la realidad de lo acontecido? He aquí una interrogante que amerita una explicación.

Ante todo debemos recordar que Darío fue un poeta y no un historiador, y que como a tal, le estaba permitido apartarse un poco de la exactitud de los hechos en una parte que no es esencial en el milagro de Gubbio, como lo es lo de la muerte del lobo. Además, Darío aprovechó esa oportunidad para darnos una preciosa lección sobre la profunda filosofía de la vida, y expresar el dolor que produce la maldad del hombre.

Rubén, en la respuesta del lobo cuando lo increpa San Francisco, saca a relucir toda la miseria humana cuando dice que en las cosas de Gubbio, que simbolizan al mundo, se encontró que en los hombres reinaba la envidia, la saña y la ira; que los hermanos se hacían la guerra, y que en “todos los rostros ardían las brasas de odio, de lujuria, de infamia y mentira”, “que perdían los débiles, ganaban los malos, hembra y macho eran como perro y perra”, y un buen día todos le dieron de palos. Horrorizado el lobo por todo lo que vio, declaró al Santo que llegó a sentirse mejor que toda esa mala gente.

Se conmovió tanto el poeta con su propio relato, que no tuvo más salida para terminar su poesía, que la misma que tengo yo que recuento la Historia del Lobo de Gubbio: recitar la más bella y más grande de las oraciones:

PADRE NUESTRO QUE ESTAS EN LOS CIELOS.